

# DE NUEVO COMO NIÑOS

Por Sebastián SALAZAR BONDY

SI NO DIERAMOS en el tiempo el corte imaginario de esta medianoche, mediante el cual separamos un período de otro en el curso de la vida y sus sucesos, probablemente acabaríamos locos. Necesitamos de la ficción del renuevo porque ella nos permite creer que el plan de nuestra existencia se reorganiza, que todo lo frustráneo es eliminado, que aquello que ha constituido un acierto madura y se hace más fructífero. La ilusión de que, al modo de una primavera promisor, el primer día del nuevo plazo está colmado de yemas y brotes verdes nos permite confiar en nosotros mismos y concebirnos como un ciclo que encierra la probabilidad de recomenzar como si nunca antes hubiera acontecido nada triste o cruel, nada desengañoso y deprimente. Siempre el año que concluye es el de la experiencia previa y el que se inicia el de los logros definitivos. No es, en nuestra cuenta, un lapso menos en la suma de días que nos ha tocado, sino un lapso más en la obra que emprendimos cuando trazamos el proyecto que somos. Pocos habrá que hagan, en el límite de los doce meses de esta noche, un examen —balance y liquidación— de sus triunfos y derrotas. Preferimos, contra la idea de renacimiento que alentamos, borrar merced al juego de la fiesta cualquier tentación de íntima contabilidad.



PERO EL TIEMPO no es discontinuo como lo queremos. Largo río que corre sin cesar, heraclitiana corriente que pasa y pasa por entre nosotros, y también fuera de nosotros, limando nuestro corazón y nuestro espíritu, sus aguas torrentosas o apacibles empapan nuestros hechos sin tregua. Ni el sueño, ni el paroxismo, ni la embriaguez, ni la soledad, ni la multitudinaria compañía de los demás, cortan el flujo temporal. No tiene esa dimensión cifras que escandan ayer, hoy y mañana, ni el año pasado del que ahora vivimos y del que viviremos desde la medianoche de esta fecha. Las cifras, los nombres, los plazos, los hemos puesto nosotros al aplicar la invención del calendario, que es una forma de la invención del olvido. Monstruo, como aquel Funes memorioso de la ficción borgiana, sería quien retuviera todo lo que trae y se lleva a la eternidad el caudal del tiempo en su vertiente vital sin regatos. Monstruo, sí, porque ignoraría el único tope que existe para las horas humanas.



ESE TOPE ES la muerte. Afortunadamente ignoramos, pues no hay almanaque que la señale, el momento en que para cada uno, individualmente, "todo verdor perecerá". Como recuerda, cual profeta, el filósofo existencialista, la muerte que conocemos es siempre la de los otros. Morir es un verbo que nadie puede conjugar en pasado desde la primera persona. Si nos fuera dado saber cuándo se producirá ese tajo en nuestra vida, en nuestro tiempo, ni la vida ni el tiempo tendrían sentido, ni valdrían los años nuevos. Todos serían años viejos, cada vez más viejos, cada vez más implacables en su carrera hacia el fin señalado. Si ahora contamos el tiempo sumándolo, lo restaríamos con pánico del período otorgado a cada uno. Afortunadamente no es así. Sabemos que sonará la hora de nuestra desaparición, pero no sabemos cuándo. La vida comienza bella cada mañana. La vida se renueva cada 365 días con el toque de las sirenas, la bombardería legal, los abrazos afectuosos, el baile y los gorritos carnavalescos que nos devuelven a la niñez.

Cada Año Nuevo somos, en verdad, niños por una noche. Es decir, somos planes por realizar, posibilidades puras, inocencias que ensayan su aventura, aunque cuando vuelve la realidad estenos nuevamente, como si nada hubiera sucedido, en el puesto que ocupamos, con las mismas alegrías y aflicciones del año anterior al que ingenuamente dimos por liquidado.